

Carlos V a la conquista de Europa

ANTONIO MUÑOZ LORENTE



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: *Carlos V a la conquista de Europa*
Autor: © Antonio Muñoz Lorente

Copyright de la presente edición: © 2015 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Diseño y realización de cubierta: Universo Cultura y Ocio

Imagen de portada: Composición creada a partir de la obra de Anthony Van Dick, *Ritratto equestre dell'imperatore Carlo V* (Galería Uffizi, 1620), dibujo de Roma del siglo XVII y mapamundi del mismo siglo.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-587-9
ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-588-6
ISBN edición digital: 978-84-9967-589-3
Fecha de edición: Septiembre 2015

Impreso en España
Imprime: Servicepoint
Depósito legal: M-22509-2015

Este libro está dedicado a dos personas. En primer lugar, a Antonio Guevara, que no está ya entre nosotros, pero al que es seguro que le habría gustado tenerlo en sus manos. Fue él quien me inculcó el gusto por la lectura y quien, con su experiencia vital a lo largo de casi un siglo, me hizo comprender la importancia que el pasado guarda para el presente. En segundo lugar, lo dedico a Rosa, que sí está conmigo. Sin su ayuda, sus útiles consejos sobre el texto y su ánimo no podría haber escrito este libro: *La Raison m'en delivre, et vostre rigueur dure.*

De las contiendas que oponían al Rey y al Emperador, lo ignoraba todo. Únicamente sabía que la paz, que databa tan sólo de unos meses, empezaba ya a deshilacharse como un traje usado durante mucho tiempo. Para nadie era un secreto que François de Valois seguía echándole el ojo al Milanésado, como un amante desafortunado a su hermosa; se sabía de buena tinta que trabajaba calladamente para equipar y reunir, en las fronteras del duque de Saboya, un ejército flamante, encargado de ir a Pavía para recoger sus espuelas perdidas.

Opus nigrum
Marguerite Yourcenar

Índice

Prefacio	13
Introducción	15
Un cadáver sin miedo a sus enemigos	15
El oficio de las armas	17
Los condotieros	17
<i>Point d'argent, point de suisses</i>	20
Los lansquenetes	23
La infantería española: los nuevos soldados	24
La artillería	27
La <i>trace italienne</i>	29
Capítulo 1. La aventura de Carlos VIII	33
El laberinto italiano	33
El rey afable	36
Los nuevos bárbaros	39
Los Médici son expulsados de Florencia	42
<i>Roma, città aperta</i>	44
Fornovo: los franceses se salvan	48

Capítulo 2. El Gran Capitán	55
El gran juego de Fernando el Católico	55
El desembarco español en Sicilia	57
La derrota de Montpensier	59
La última aventura del <i>signor</i> Ludovico	61
El duque Valentino	66
El reparto de Nápoles	70
El asedio de Tarento	72
Capítulo 3. Duelo de gigantes	75
Pedro Navarro	75
Desafíos caballerescos, emboscadas y envidias cortesanas	80
«Pongamos fin a la guerra, peleemos»	83
Las luminarias de la victoria	85
Capítulo 4. Tempestad sobre Roma	91
Los tres ejércitos del rey de Francia	91
«Aut Caesar, aut nihil»	95
Capítulo 5. El Garellano	101
El bastión de Roccasecca	101
Guerra de posiciones	104
El cruce del río Garellano	107
Las pesadas rocas de la envidia	111
Capítulo 6. Todos contra Venecia	115
Las barbas del papa Julio	115
La Liga de Cambrai	120
Agnadello: Venecia en el abismo	123
Milagro de última hora en Padua	131
Capítulo 7. La Santa Liga contra Francia	135
El perdón para Venecia	135
Masacre en Vicenza	140
La gran baza del papa: los suizos	141
El papa, acorralado	144
«Yo soy el sarraceno contra el que se dirige Fernando»	149

Capítulo 8. El Rayo de Italia	151
El asedio de Bolonia	151
El martirio de Brescia	155
Cardona acepta el combate	156
El cañoneo preliminar	160
El sacrificio de la infantería española	162
El final de Gastón de Foix	164
Capítulo 9. Las espuelas de madera	169
Otra vez los suizos	169
El <i>sacco di Prato</i>	172
León X, príncipe del Renacimiento	175
«Como abejas irascibles»	178
Capítulo 10. Como dos hojas en blanco	185
«Nutrisco et extinguo»	185
Carlos de Gante	188
Cruzar los montes, otra vez...	192
Capítulo 11. La batalla de los gigantes	199
La hora del cardenal Schiner	199
La gran carga de los suizos	204
El segundo día de Marignano	208
La entrevista de Bolonia	211
Capítulo 12. <i>Monarchia Universalis</i>	215
Carlos, rey de Castilla y Aragón	215
La carrera por el Imperio	219
El Campo del Paño de Oro	222
Primeros movimientos en Navarra y Flandes	225
El papa cambia de bando	226
Capítulo 13. La guerra de los ríos	229
El asedio de Parma	229
La extraordinaria toma de Milán	235
Adriano VI	238
El ataque francés sobre la Lombardía	241

Capítulo 14. La Bicocca	247
«¡Dinero, licencia o batalla!»	247
Una zona de muerte	249
El papa y el César	254
Capítulo 15. El traidor	259
Una lucha entre dos príncipes	259
Una campaña desastrosa	264
La retirada del río Sesia	265
Clemente VII	267
La bella retirada	269
Capítulo 16. El largo invierno antes de la batalla	273
«Cualquiera que supiere del ejército imperial...»	273
El asedio de Pavía	276
«Los que el campo del emperador tenían por perdido...».....	281
La expedición de Albany	284
Llegan los alemanes	286
El avance hacia el parque Visconteo	287
Capítulo 17. Pavía: la batalla decisiva	293
No tenemos más fortuna que la que hoy pisan nuestros pies	293
El ataque a Mirabello	296
La carga de la caballería francesa	300
La captura de Francisco I	302
«El honor y la vida han quedado a salvo»	304
Epílogo	307
Cronología	315
Índice onomástico	323
Bibliografía	339

Prefacio

Las guerras de Italia constituyen uno de los conflictos más decisivos de la Modernidad. Los dos estados más poderosos de su época, España y Francia, se enfrentaron durante décadas por el dominio de la península italiana. Italia no sólo estaba a la vanguardia de las innovaciones políticas y económicas de Europa, también era una región rica y sede del poder temporal de la Iglesia. Poco a poco, lo que había sido una pugna dinástica por los derechos de la Corona de Nápoles se convirtió en el epicentro de la primera gran guerra europea. Son estas las razones que hacen que, a la hora de abordar este complejo conflicto, debamos remontarnos a los últimos años del S. XV.

En 1495 Carlos VIII de Francia se lanza a la conquista de Nápoles. Al frente de un poderoso ejército atraviesa Italia, se apodera de Nápoles y cambia el equilibrio de poder en el Mediterráneo occidental. Cuando poco después Carlos muere, toda Italia está sumida en la confusión política. Los Reyes Católicos, parientes de los reyes aragoneses de Nápoles, envían un cuerpo expedicionario al sur de Italia, al mando del Gran Capitán. Las tropas españolas expulsan a los franceses de Nápoles y se convierten en el poder de referencia en Italia con el apoyo de los Borgia. Pero la guerra en Italia no ha hecho más que comenzar. Los franceses conquistan Milán y, en

medio de una caótica situación, los Borgia pierden el poder en Roma. El nuevo Papa, el enérgico Julio II, comienza una guerra contra Venecia y luego contra Francia. La guerra dura cinco años, al final de los cuales no se ha solucionado nada del complicado ajedrez italiano. Comprobará el lector la relevancia de este periodo que es algo más que la preparación para el enfrentamiento central de la obra: el de Francisco I de Francia con el emperador Carlos V.

Francisco consigue una aplastante victoria sobre los suizos en Marignano, que le da el dominio del norte de Italia, pero Carlos responde en 1519 ganando la elección a la corona imperial y convirtiéndose, con el título de Carlos V, en cabeza de un impresionante imperio que incluye a España, las nuevas colonias americanas, los Países Bajos y las posesiones alemanas de los Habsburgo. En 1521 el ejército imperial se impone al francés, destruyendo a los mercenarios suizos con tanta facilidad en La Bicocca que el nombre de la localidad quedaría en el lenguaje popular como sinónimo de cosa obtenida con poco esfuerzo. Los soldados españoles, los suizos y sus enemigos, los lansquenets alemanes, representaban una nueva clase de soldados, cuyas tácticas se basaban en la lucha a pie y en las masas de picas y armas de fuego. En 1525 volverán a enfrentarse en el encuentro decisivo que sentenciaría las guerras por la hegemonía en Italia: Francisco I invade Italia y cometiendo todos los errores posibles se deja vencer y capturar en Pavía.

Recomendamos a todos los lectores de la obra que se dejen llevar a la Italia de la época, a través de una época en la que personalidades tan relevantes como Fernando el Católico, Francisco I, el papa Julio II o el Gran Capitán decidieron el destino de todo el continente.

Barcelona, junio de 2015

Introducción

UN CADÁVER SIN MIEDO DE SUS ENEMIGOS

En uno de los primeros capítulos de sus célebres *Ensayos*, Michel de Montaigne refiere una anécdota sobre el curioso destino del cadáver del condottiero italiano Bartolomeo d'Alviano, muerto en octubre de 1515 durante el asedio de la plaza fuerte de Brescia.

Habiendo de ser devuelto el cuerpo a Venecia a través del Veronés, tierra enemiga, la mayor parte de los del ejército era de la opinión de pedir un salvoconducto para el paso a los de Verona. Mas Trivulzio les contradujo y prefirió pasarlo a la fuerza, al azar del combate, por no ser decoroso, según decía, que quien durante toda su vida jamás había tenido miedo de sus enemigos, estando muerto diera muestras de temerlos.

Todo el espíritu de la guerra del Renacimiento está presente en esta anécdota. Bartolomeo d'Alviano, quien había nacido en la región de Umbría, tierra pobre y por tanto proclive a proporcionar buenos y voluntariosos soldados mercenarios, fue uno de los más grandes capitanes de su tiempo. No sólo su arrojo e impetuosidad en el combate, sino también su talento como conductor de hombres y como técnico guerrero le hicieron merecedor de los más altos honores de Nápoles, Venecia o España, Estados que contrataron sus servicios. También sus rivales en el reducido pero despiadado

mundo de los soldados de fortuna le respetaban: Teodoro Trivulzio, quien en 1515 servía a Francia, aliada de los venecianos, le había tenido en otras ocasiones como rival, pero con su gesto de desafío a los vaivenes de la Fortuna no dudó un momento en rendir homenaje al valor de aquel soldado. Trivulzio estaba seguro de que si D'Alviano había podido vencer a la adversidad y al miedo en su dura vida como guerrero, con mayor razón podría hacerlo también después de morir.

El mundo en el que vivió D'Alviano estaba inmerso en profundos cambios políticos, sociales y culturales que afectaban a todo el continente europeo. En las grandes monarquías que protagonizarían las empresas militares en Italia a comienzos del siglo XVI —España, Francia y el Sacro Imperio Romano Germánico—, el poder del soberano había ido en constante aumento desde el siglo XIII. Esto se tradujo en más recursos, ejércitos más numerosos y medios más poderosos que los de las repúblicas italianas, que se vieron forzadas a someterse a los dictados de la *realpolitik* del otro lado de los Alpes.

Gracias a las nuevas ideas humanistas y la integración de las comunidades feudales en entidades más grandes, la conciencia cristiana de totalidad universal derivó poco a poco hacia las ideas de soberanía estatal y de fronteras naturales. La autoridad del papado había sufrido un creciente desprestigio a causa de los cismas religiosos del siglo XIV. La concentración de poder que provocó el feudalismo hacía que la universalidad no respondiera a los anhelos de las clases dominantes y de los nuevos actores políticos: comerciantes, sabios, soldados, artesanos y, cómo no, los burócratas y aristócratas ligados a las cortes de los monarcas. Las monarquías europeas se hicieron cada vez más fuertes, consiguiendo soslayar muchos de los obstáculos naturales de la política medieval, y se prepararon para competir entre ellas en el terreno de la guerra y de la economía. Este sería el signo bajo el que se viviría la Modernidad en Europa.

La época no era especialmente humanitaria. Cuando Erasmo, Luis Vives o Tomás Moro intenten influir con sus escritos en los príncipes de Europa para que «la gracia del espíritu del Evangelio pueda unir vuestros corazones en una amistad y concordia mutuas», no lo harán porque lamenten las pérdidas humanas o el sufrimiento que causan las guerras. El verdadero motivo de sus advertencias será el de proteger a la cristiandad contra el azote turco en los Balcanes y el Mediterráneo. Los soberanos europeos debían olvidar sus disputas y reconquistar Constantinopla y Jerusalén. Los príncipes europeos no se mostraron nunca demasiado dispuestos a escuchar estos «sabios consejos» más allá de lo que dictaba la etiqueta. Aunque la noción de

cruzada siguió presente, el papa carecía del prestigio necesario para animar una empresa de este calibre. Ni siquiera llegaron a ponerse de acuerdo para reconquistar Rodas, después de que los turcos la tomaran en 1522, y prefirieron seguir con sus asuntos en Italia.

Milán, Nápoles, Venecia, Florencia y Roma constituían un pentágono de un magnetismo irresistible. Se iba a Italia como se había ido antes a Santiago; se empapaba uno de civilización, del arte de vivir de aquellas gentes. Italia era el laboratorio donde se ensayaba no sólo la mutación del arte, sino también la de la política, la diplomacia, el espíritu; era la tierra ideal del individuo; un lugar, como escribió Jean Giono, «donde nadie tenía miedo de ser o de parecer diferente al común de los mortales». La atracción de la diferencia, de la individualidad, se conjugaba entonces con la de la aventura política. O quizá sería mejor decir que la política era la aventura continuada por otros medios. A comienzos del siglo XVI, Italia, con su fragmentación política, era el terreno para desplegar estas ambiciones.

EL OFICIO DE LAS ARMAS

LOS CONDOTIEROS

Durante cerca de doscientos cincuenta años los capitanes de fortuna dominaron en Italia el negocio de la guerra. Italia había sido testigo durante todo el siglo XIII de una gran actividad bélica propiciada por la intrincada red de relaciones, ambiciones y poderes de la región. El notable crecimiento de la economía que se produjo a partir de las cruzadas y el desarrollo de la clase mercantil de las ciudades hicieron que la distancia entre ricos y pobres aumentara sustancialmente. Los más desfavorecidos no veían ningún provecho en participar en la defensa de una ciudad que estaba en manos de los comerciantes. Por su parte, estos estaban demasiado ocupados en sus negocios y sabían que armar al pueblo revoltoso era poner una daga en su propio cuello.

El negocio de la guerra mercenaria estaba escrupulosamente reglamentado. Mediante un contrato firmado con un Estado (*condotta*, de donde procede el nombre de condotieros), los capitanes se comprometían a levantar y mandar un cuerpo de tropas a cambio de una suma de dinero. Las lanzas (unidades de entre tres y seis combatientes montados) eran adquiridas por el contratista en grupos de diez y se especificaba hasta el mínimo detalle de la fuerza asalariada, su misión y el tiempo que debía estar en servicio.

Muchos de los capitanes contratados eran señores de los pequeños Estados que gravitaban en torno a las potencias mayores, como era el caso de los duques de Mantua o de Urbino. En este caso, el contrato se establecía con la categoría de una alianza.

La estrategia de una campaña dependía de los valores individuales de cada capitán, y cada movimiento se planificaba con vistas a una ganancia operacional inmediata. Las estrategias de largo alcance eran prácticamente inexistentes y, aunque la duración de las campañas fue aumentando con el paso del tiempo, se hacía imposible para los generales diseñar estrategias globales con ejércitos de «pies y pezuñas» que marchaban a un ritmo de veinte a treinta kilómetros diarios como máximo.

Capitanes como Prospero Colonna, Gonzalo de Córdoba o técnicos como Pedro Navarro eran ejemplos profundamente inspiradores y sus consejos de expertos se escuchaban con suma atención, de una forma similar a como en la actualidad se presta atención a los consejos de los asesores políticos.

Uno de los lugares comunes más repetidos sobre la guerra de los condotieros es que se trataba de enfrentamientos poco sangrientos. Una campaña dirigida por mercenarios consistía sobre todo en maniobras y fintas pensadas para evitar las batallas; algo comprensible en empresarios militares que necesitaban que la guerra se eternizase para seguir ganando dinero y que no estaban interesados en malgastar a sus valiosos soldados en una batalla de resultado incierto. Esta «guerra a la italiana» se opondría a la encarnizada «guerra a la francesa» o «a la española» que se iba a extender por la península a partir de 1494, y que exponencialmente suponía, por lo menos a los ojos de los cronistas italianos, un nivel de brutalidad y de crueldad sin parangón hasta el momento.

El fracaso militar italiano en 1494 fue espectacular. El ejército francés penetró en territorio italiano prácticamente sin combatir. Este fracaso ha llevado a hablar de la «crisis militar del Renacimiento italiano». Según esta conocida tesis, el período de relativa tranquilidad que siguió a la paz de Lodi (1454) provocó un anquilosamiento de las tácticas militares de los condotieros, que no supieron estar a la altura de las innovaciones que se habían producido al otro lado de los Alpes: las nuevas tácticas de infantería y, sobre todo, el uso de la artillería en campaña. Según esta teoría, cuando llegó la invasión de 1494, los condotieros luchaban todavía en la Edad Media, mientras que Carlos VIII dirigía un ejército moderno.



Procedentes de todos los rincones de Europa, los soldados de fortuna proporcionan a los ejércitos una masa luchadora inimaginable años antes. Un dibujo del artista y mercenario ocasional suizo Urs Graf en el que aparecen los estradiotes, temidos mercenarios balcánicos al servicio de Venecia.

Lo cierto es que después de la paz de Lodi los condotieros siguieron atentos a las nuevas formas de hacer la guerra y sus tácticas influyeron notablemente en toda Europa. Durante el siglo xv, soldados italianos guerrearon en la Península Ibérica, Francia, Alemania, Borgoña, Hungría, los Balcanes y Oriente Medio. Tampoco se había descuidado antes de 1494 ninguno de los aspectos de la defensa de los Estados italianos: se fomentó el entrenamiento y mantenimiento de fuerzas permanentes; se aumentó la fabricación y adquisición de piezas de artillería, en especial en Venecia y Milán, los Estados más ricos e «industrializados» de Italia, y se realizaron sucesivas innovaciones en la arquitectura militar, con la construcción de bastiones fortificados en algunos puntos estratégicos de los Estados pontificios.

La derrota de los italianos en 1494 no se debía a su incapacidad militar, sino a motivos políticos. Las monarquías que intervenían en Italia disponían

de un objetivo mucho más amplio y más a largo plazo para conducir sus intervenciones, algo de lo que carecían los Estados italianos. Una victoria en Italia, como la obtenida por una coalición veneciana-pontificia contra Nápoles en 1482, después de la batalla de Campomorto, reajustaba las alianzas, aseguraba una pequeña tregua y reportaba cuantiosos beneficios a los empresarios de la guerra y a los actores principales, pero no iba más allá. Una generación después, la guerra francesa había cambiado y Carlos VIII se lanzó sobre Italia con el propósito de conquistar todos los territorios posibles y obligar a las otras dos potencias europeas más poderosas, el Imperio alemán y España, a reconocer su aventura italiana como el principio de un *nuevo orden* europeo. La torpeza diplomática con la que acompañó el paso de sus ejércitos escandalizaba a los expertos italianos, pero una nueva era había comenzado. Ahora se trataba de postrar definitivamente al adversario en vez de disuadirlo para que no continuara la guerra.

POINT D'ARGENT, POINT DE SUISSES

La materia prima del negocio de los contratistas de mercenarios no escaseaba en un mundo dominado por las epidemias, la carestía de la vida y las crueldades más extremas. Los poderosos sabían qué llevaba a la guerra a los pobres, cuyas vidas valían bien poco. Como escribió el médico francés Ambroise Paré, durante el asedio de Metz en 1552, el emperador Carlos V restó importancia a la mortandad sufrida por los pobres soldados de infantería, «y los comparó a las orugas, los saltamontes y abejorros que se comen los brotes y otros frutos de la tierra, y que si hubieran sido gentes de bien, no estarían en su campo por seis libras al mes».

Los suizos y los lansquenetes alemanes fueron los dos cuerpos de infantes mercenarios más conocidos del Renacimiento. Ambos representan también la idea del infante plebeyo que se impone a los caballeros feudales en el campo de batalla, protagonistas de una revolución en las tácticas que subordina la caballería a las masas de infantería utilizadas en orden cerrado y apoyadas por arcabuces y cañones.

Los recursos de la tierra no bastaban para alimentar a toda la población de las montañas suizas. El pastoreo de vacas no está condicionado por los ritmos estacionales de la trashumancia; las vacas pueden quedar al cuidado de las mujeres, los viejos, los niños, mientras el cabeza de familia parte a la guerra. Los primeros en utilizar mercenarios montañeses de los cantones

centrales (Uri, Schwyz, Unterwalden) fueron los burgueses de Berna o Zúrich, que de esta manera empleaban el reclutamiento como válvula de seguridad para canalizar el descontento y la desesperación que producía la miseria. A partir de 1386, coincidiendo con las noticias de la victoria suiza de Sempach sobre una fuerza de caballeros germanos, cada vez fueron más los Estados que tenían interés en reclutar contingentes suizos. Después de pelear para sus enemigos de Borgoña, los suizos iban a convertirse en la principal fuerza mercenaria de su antagonista, el Reino de Francia, y hubo regimientos suizos en el ejército francés hasta la época napoleónica. Cuando se le dijo a un capitán de los suizos que con el dinero que estos soldados habían costado a Francia se podría haber construido un camino de París a Basilea, este respondió que con la sangre que los suizos habían vertido por Francia podría haberse llenado un canal que fuera desde Basilea a París.

Las tropas suizas estaban formadas en su mayor parte por infantes equipados con picas y alabardas. La pica es un arma de pastores, de hombres acostumbrados a luchar contra los osos. Las de los suizos, fabricadas en madera flexible de fresno y que medían hasta cinco metros, permitían utilizar unidades en formación profunda, que podían mantenerse muy juntas, con menos de veinte centímetros de separación entre cada hombre (con más separación en el lado del brazo izquierdo del soldado, con el que mantenía la pica alzada). Las cuatro primeras filas de piqueros, asomando las picas por encima de la cabeza de sus compañeros de delante, creaban un erizo impenetrable para la caballería y la infantería. Los piqueros de las primeras filas, los hombres mejores y protegidos con armaduras más pesadas, se consideraban una especie de fuerza de choque especial. En las filas de atrás, peor protegidas, se encontraban los hombres menos experimentados y un núcleo de alabarderos y hombres armados con espadas largas. También había contingentes de escaramuzadores armados con ballestas y arcabuces.

Esta gran y disciplinada formación debía impresionar incluso a los combatientes enemigos más experimentados: una masa de miles de hombres formados en filas de setenta a noventa y cinco hombres de frente, avanzando lentamente al ritmo de los tambores, gaitas, cuernos y pífanos. Los hombres combatían en una formación tan estrecha que un cuadro suizo podía ocupar tan sólo una hectárea de terreno. En ocasiones, como en St-Jacob-en-Birs (24 de agosto de 1444), se dice que ni siquiera las flechas de las ballestas conseguían atravesar el bosque erizado de picas.

En una disposición teórica, la vanguardia, dotada con el mayor número de ballesteros y arcabuceros, ejercía como pantalla de escaramuza;



El mismo Urs Graf realizó este bosquejo de un agente reclutador francés que encuentra hombres para servir al rey de Francia. A la izquierda, la Muerte ronda a los nuevos voluntarios.

el centro estaba situado un poco a la izquierda o la derecha de la vanguardia, para permitir la retirada de esta; la retaguardia, que actuaba como reserva, se mantenía a la espera para acudir a dar el golpe de gracia cuando se le requiriera, o bien para reforzar el dispositivo en el caso de que el centro no hubiera podido decidir la batalla. El uso de tres bloques en escalón permitía identificar el punto más débil del rival y lanzar una devastadora carga antes de que la artillería enemiga hubiera podido disparar una segunda andanada. A partir de ese momento, la infantería enemiga se mostraba impotente y podía elegir entre salir huyendo o morir aplastada.

El secreto del éxito de la falange suiza no se basaba en el liderazgo, sino en la confianza de cada hombre en el valor de sus compañeros. Salvo raras excepciones, las decisiones en el campo de batalla eran tomadas por un consejo de capitanes antes de que la acción comenzara, y los suizos mostraban una desconfianza extrema hacia los líderes investidos con el

título de general. Esta indiferencia les convertía en los mercenarios ideales, ya que no estaban preocupados por el señor al que servían siempre y cuando se les pagara a tiempo y de acuerdo con lo estipulado. De lo contrario simplemente abandonaban a su patrono: «point d'argent, point de suisses».

LOS LANSQUENETES

Aunque en un comienzo definía a los soldados imperiales, el término *lansquenete* (*Landsknecht*, literalmente «caballero del país») acabó por asociarse al mercenario alemán que iba a combatir «a la suíza» durante buena parte del siglo XVI en toda Europa. La base de reclutamiento de los lansquenetes se encontraba entre la baja nobleza y la masa de campesinos y aventureros de las regiones del sur de Alemania (Alsacia, Baden-Württemberg y el Tirol), territorios tan pobres y superpoblados como los de los suizos.

Un *Kriegsherr*, un condotiero alemán, recibía el encargo de levantar un contingente de uno o varios regimientos de lansquenetes, cuyo efectivo teórico era de cuatro mil hombres. Los capitanes más prestigiosos, como Georg von Frundsberg, podían reunir varias decenas de miles de mercenarios en apenas una semana, como sucedió en enero de 1525 en la segunda fase de la campaña de Pavía. Durante la ceremonia de formación de los regimientos, los reclutas pasaban bajo un arco simbólico formado por dos alabardas que sostenían una pica, donde oficiales expertos decidían si estaban preparados para el servicio. Después de recibir la paga de un mes, los reclutas tenían que escuchar las ordenanzas del regimiento, hacer un juramento de lealtad al emperador y también comprometerse a cumplir las leyes de servicio de armas.

Los soldados más apreciados de los regimientos lansquenetes eran los veteranos de las guerras de las ligas alemanas o de Italia, a los que se enrolaba por una doble paga de ocho florines mensuales (doble sueldo, de ahí el nombre de estos veteranos: *Doppelsöldner*). Situados en la vanguardia y la retaguardia de la formación, muchos portaban las temidas *Zweihänder*, las espadas de dos manos, que servían para cortar las picas enemigas y abrir camino a los suyos hacia el corazón de la falange enemiga.

LA INFANTERÍA ESPAÑOLA: LOS NUEVOS SOLDADOS

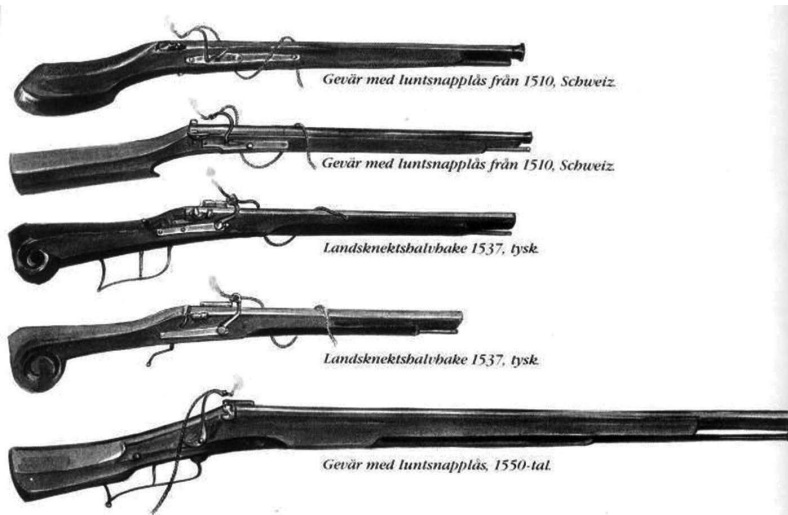
Confiados en su imbatibilidad en el campo de batalla, los suizos habían mostrado un absoluto desprecio por los problemas más delicados de la ciencia militar, en un momento en que el estudio de los textos clásicos y la profesionalización del oficio de la guerra señalaban la aparición de un arte de combatir que buscaba diferenciarse de los métodos medievales.

Los suizos pagaron muy caro el hecho de combatir con su simple y estereotipado método de lucha, basado en la rapidez y el enfrentamiento cuerpo a cuerpo. El arcabuz cumplía un papel completamente secundario en sus tácticas; sólo uno de cada diez de los mercenarios suizos que Carlos VIII contrató en 1494 era arcabucero; la proporción no variaría sustancialmente en los siguientes años. Raramente llevaban corazas y continuaron con esta costumbre aun cuando los arcabuces eran mucho más numerosos.

Si la pica suiza había contribuido a desplazar la lanza de caballería hacia los torneos, obligando al hombre de armas a convertirse en un soldado a caballo, el arcabuz español convirtió los cuadros de picas que actuaban sin apoyo de las demás armas en un arma obsoleta y suicida.

Al contrario que los suizos, los españoles optaron por una actitud más experimental, más abierta y autocrítica hacia su forma de hacer la guerra, no atándose a ningún esquema rígido. Aunque habitualmente se describe a Gonzalo Fernández de Córdoba como el creador del moderno ejército español, sus reformas no son más que la culminación de un largo proceso de evolución del ejército medieval al renacentista. La guerra de Granada había creado en la monarquía hispánica un primer embrión de ejército permanente de soldados (los que reciben su *soldada*, o paga, del rey), en el que ya se contaban las *capitanerías* (compañías) de *peones* o *lacayos* (de infantes, a cien infantes por cada capitanería) y las lanzas de caballería pesada, como las llamadas *Guardias viejas de Castilla*, creadas por los Reyes Católicos en 1493. Una serie de ordenanzas firmadas por los Reyes Católicos sentaron las bases de todos los aspectos del sistema militar español que iba a imponerse en Europa durante los siguientes ciento cincuenta años. En 1502, Gonzalo de Ayora había formado las compañías de alabarderos reales que iban a formar la guardia de Fernando de Aragón. Las reformas de Ayora forman ya el modelo de las capitanías de campaña españolas que combatieron en Italia.

La principal baza española era la combinación de tres elementos: el uso inteligente de formaciones de piqueros y arcabuceros; la utilización de los



Tipos de arcabuces y mosquetes de la primera mitad del siglo xvi.

obstáculos del terreno, de trincheras y de diques para romper el impulso del asalto enemigo y apoyar sus armas de fuego, y, finalmente, la flexibilidad de sus unidades de combate.

Los arcabuces de principios del siglo xvi eran armas rudimentarias, con un alcance aproximado de entre cuarenta y sesenta metros, dependiendo del peso de la *pelota* (bala). También eran muy lentos de cargar, con una cadencia de tiro no superior a un disparo por minuto. Los arcabuceros llevaban varias mechas enrolladas en la muñeca, los brazos o la caja del arcabuz, y algunos de ellos estaban equipados con una bandolera de cuero conocida como los «doce apóstoles», por el número de recipientes que llevaban la carga apropiada para alimentar el arcabuz, en un intento de aumentar la rapidez de disparo. A pesar de estas limitaciones, es evidente que los arcabuces resultaban ideales para desbaratar formaciones cerradas como las de los suizos. A corta distancia, el proyectil de plomo, de unos veintinueve gramos, podía abatir a un hombre no protegido con coraza con la misma efectividad que un proyectil moderno.

El «mosquete» era un arcabuz grande, aparecido en Italia en la década de 1520, que pesaba entre los siete kilos y medio y ocho, y debía dispararse apoyado en una horquilla, dando lugar a la imagen clásica del arcabucero o mosquetero que todos conocemos.



Grabado del alemán Daniel Hopfer que representa a lansquenets de Maximiliano I. El soldado del centro está armado con un arcabuz.

En el ejército de Gonzalo de Córdoba preparado en 1500, de un total de 3.042 infantes, 754 son *espingarderos* (arcabuceros). En Cerriñola (1503), Gonzalo de Córdoba alineó unos 2.000 arcabuceros entre españoles, alemanes e italianos, una cifra nunca vista antes en un campo de batalla. Alrededor de un treinta y cinco por cien de los 7.500 infantes españoles presentes en Pavía eran arcabuceros. Los franceses, en cambio, adoptaron muy tarde el arcabuz entre su infantería, por lo menos en grandes cantidades. Montluc escribía que en 1520 en Navarra su compañía sólo contaba con seis arcabuceros... y todos eran desertores españoles.

Como los arcabuceros estaban expuestos al ataque de la caballería enemiga, Gonzalo de Córdoba estipuló que sus *coronelías*—el antecedente de los regimientos españoles clásicos, los tercios— estuvieran formadas por un número equivalente de arcabuceros y de piqueros, actuando los últimos como defensa móvil de los tiradores. La coronelía era una formación que copiaba

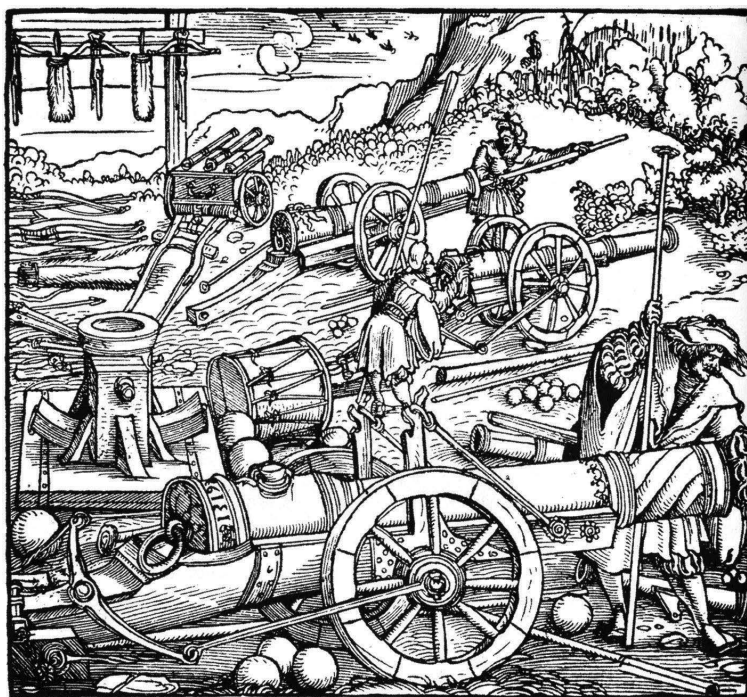
el esquema del bloque de picas suizo o lansquenete, pero con un incremento sustancial de las armas de fuego y una mayor adaptación al combate: agrupaba seis capitanías (compañías) con efectivos nominales de doscientos cincuenta hombres, a razón de cien piqueros (*coseletes*, nombre de los soldados protegidos, y *picas secas*, el nombre con el que se conocía a los que iban sin protección); cien rodeleros con espadas, cuya protección principal consistía en los escudos llamados *rodela*s, y cincuenta tiradores de ballesta o arcabuz. Los cuadros de infantería española presentaban una profundidad de veinticinco hombres con veinte hombres de ancho. Los piqueros formaban las cinco primeras y las cinco últimas filas, mientras que el centro era ocupado por los arcabuceros, que estaban preparados para destacarse en las alas, y los rodeleros.

Los efectivos de una coronelía, de unos mil quinientos hombres, la hacían más autónoma que un regimiento lansquenete o suizo y su volumen de fuego (entre cien y trescientos arcabuceros) permitía destacar a los tiradores en unidades independientes. Fue esta flexibilidad la que permitió a los españoles adaptarse mejor a la continua guerra de movimiento en Italia a partir de la década de 1520 y, con posterioridad, a la largas campañas del Imperio español libradas en los Países Bajos y en Alemania, en Italia y el Mediterráneo.

LA ARTILLERÍA

La artillería resultaba aún más letal a corta distancia contra los bloques de picas que los arcabuces. Un solo proyectil de una pieza de gran calibre podía segar la vida de hasta veinte hombres, creando horribles huecos de sangre, carne devastada y cuerpos pisoteados. La presencia de piezas de artillería en las batallas en campo abierto no hizo más que crecer durante la década de 1510, en especial en los ejércitos franceses. El tren de artillería francés utilizado en Italia en 1494 contaba con treinta y seis piezas; en 1515 disponía de setenta y dos.

Pero cañones, arcabuces y mosquetes no supusieron ningún trauma especial para los soldados que las usaban y morían alcanzados por sus proyectiles. En Europa existían toda una serie de conflictos dinásticos y de conquista que constituían un buen terreno de pruebas para cualquier innovación militar. Pero además, las élites culturales habían iniciado alrededor del 1350 un proceso de reflexión de largo recorrido, conocido con el nombre genérico



Diferentes modelos de piezas de artillería en un grabado alemán de comienzos de siglo. Puede verse un mortero de asedio, un cañón multitubo y varias grandes piezas de campaña de diferentes calibres.

de *Renacimiento*, en el que se cuestionaron todos y cada uno de los aspectos de la sociedad, desde la religión (humanismo y Reforma protestante) hasta la ciencia (Galileo o Copérnico), pasando por el arte (Miguel Ángel o Leonardo) y, naturalmente, el arte de la guerra.

Otro importante factor que hizo que las armas de fuego se incorporaran velozmente a la forma de hacer la guerra en Occidente fue el progreso en la química y la metalurgia, notables a partir de 1350. Mezclando la pólvora con alcohol se podía elaborar una pasta con la que se producían granos de diferente medida y que se consumían más lentamente. El granulado permitió unificar las cargas necesarias para disparar con mayor potencia la gran cantidad de proyectiles diferentes que manejaban los artilleros.

En cuanto a las piezas, se fabricaban cañones de hierro en varias partes y de bronce en una sola pieza. La fundición de cañones de bronce era un

proceso relativamente fácil y en toda Europa se contaba con la amplia experiencia de los fabricantes de campanas (lo que explica de paso la ventaja inmediata que obtuvo en este campo Occidente frente al islam). El bronce resiste la corrosión mejor que el hierro, y se podían fabricar piezas de avanzada efectivas, eliminando los problemas de la retrocarga, que ralentizaba terriblemente el disparo debido a la dilatación que sufría en cada disparo y las altas temperaturas que alcanzaba el metal.

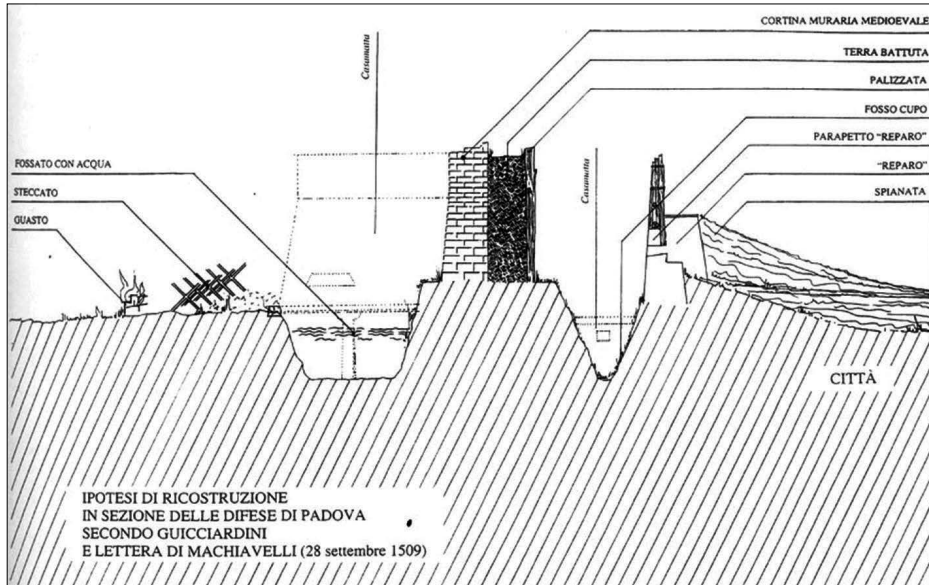
Estas mejoras en las técnicas artilleras rindieron inmediatamente sus beneficios para las monarquías que desplegaban su poder en Europa. En 1477, Luis XI de Francia derrotó a los borgoñones gracias a las piezas de asedio. Este uso no era una exclusiva francesa: durante la campaña de Granada (1492), los Reyes Católicos disponían de un impresionante tren de asedio de no menos de ciento ochenta piezas de artillería.

Dos años después, cuando Carlos VIII entró en Italia, el impacto exagerado producido por sus cañones de asedio, «que podían marchar al ritmo de las tropas», según Guicciardini, ha hecho que se hable, desde el punto de vista de los asuntos militares, de *un verdadero final de la Edad Media*. Los franceses utilizaban un tren móvil de caballos para la artillería ligera, en vez de los tradicionales bueyes utilizados en Italia, pero no es seguro que pudieran disponer de este tipo de cureñas de dos ruedas para todas sus piezas hasta muy avanzada la década de 1510.

LA *TRACE ITALIANE*

Los cañones produjeron su efecto más palpable en la guerra de asedio. Los pequeños ejércitos medievales (entre ocho mil y diez mil hombres como media) que invadían una región se enfrentaban a la desagradable y agotadora tarea de rendir una por una las plazas fuertes enemigas a base de asedios que se prolongaban a veces durante años.

El cañón de asedio comenzó a emplearse con regularidad en Europa occidental a partir de la segunda mitad del siglo xiv. El transporte de estas primeras piezas era enormemente lento. En 1409 una gran bombardera de tres toneladas de peso no podía recorrer más de una legua diaria y necesitaba no menos de veinte caballos para moverla. A veces estos monstruos sólo podían realizar un disparo diario de un proyectil de unos diez o doce kilos. Los grandes cañones eran utilizados en muchos casos junto a la maquinaria de asedio tradicional, con mayor velocidad de tiro e igual precisión.



Sección de las defensas de Padua durante el asedio al que las sometió Maximilia no I en 1509.

En general, además del bombardeo de las murallas, el principal cometido de la artillería era cubrir a los zapadores que cavaban las trincheras desde las que los pelotones de asalto llegarían a las murallas. Como la artillería estaba expuesta a golpes de mano de los defensores, se hacía imprescindible protegerla con atalayas, fajinas y trincheras, lo que reducía su capacidad de maniobra y empleaba muchos recursos.

Pero aun con todos sus impedimentos, lo cierto es que los cañones eran capaces de derribar las murallas de las fortalezas de espesos muros y torres en cuestión de días. Todo un sistema de fortificaciones que en algunos casos databa de la época romana tuvo que adaptarse a la nueva realidad. Pero los ingenieros militares italianos desarrollaron a partir de 1487 una serie de medidas para paliar el poder devastador de la artillería, la llamada *trace italienne*.

Finalmente, la mayor parte de fortalezas se construyeron siguiendo un esquema básico que, de hecho, ya había planteado León Battista Alberti en su *De re aedificatoria* (1450), y que era de una sencillez pasmosa: baluartes con muros espesos y bajos para erradicar la efectividad de los cañones; desaparición de las torres cilíndricas de las fortalezas medievales, cuya altura

era un blanco fácil para las bombardas, y más obra de mampostería para las murallas, pues así era más fácil repararlas y absorbían mejor el impacto de los proyectiles. En el plazo de cincuenta años todas las defensas fueron reformadas, y se acabó con el predominio del que la artillería había disfrutado momentáneamente a partir de 1490. Todas las ciudades contaban ahora con una provisión importante de piezas de artillería para su defensa. Los progresos en la artillería y la fortificación contribuyeron además a la evolución de la balística, de la dinámica, de la arquitectura y de todas las ciencias experimentales que se encontraban en pleno desarrollo en el Renacimiento. Nunca hasta entonces había sido más evidente la relación entre Razón y Guerra.

Con la *trace italienne*, los asedios volvieron a ser lentos, costosos e igual o más mortíferos para las tropas que los practicaban que antes de la aparición de la artillería. La mayor parte de las plazas sitiadas que se rindieron lo hicieron por hambre o por traición y dos de los asedios más famosos de la época, el de Pisa y el de Padua, acabaron con sonados fracasos para los atacantes a pesar de contar con una artillería numerosa y potente.

Indirectamente, además, los asedios y sus complejidades contribuyeron a que el porcentaje de fuerzas de infantería, la encargada de cavar y preparar los campos atrincherados necesarios para rodear una plaza, superara a la caballería a partir de 1530. Así, no fue el cañón el que acabó con el caballero, sino su equivalente en piedra, el bastión italiano que protegía las fronteras de los Estados y volvió a hacer impracticable la guerra de maniobra hasta bien entrado el siglo XVIII. Como otras revoluciones técnicas, la llamada *revolución militar* engendró su propias contramedidas y limitaciones.

Capítulo 1

La aventura de Carlos VIII

EL LABERINTO ITALIANO

Antes de la invasión francesa de 1494, Italia era una de las regiones más pobladas y ricas del continente europeo. La península italiana estaba habitada por unos diez millones y medio de habitantes en 1500, frente a España, con unos ocho millones y medio, y Francia, que contaba con entre dieciséis y dieciocho millones. Pese a la prohibición eclesiástica de la usura, en Italia se iba a ensayar un capitalismo financiero embrionario que, en el siglo siguiente, constituiría la base de poder de los nacientes imperios de la Europa septentrional, Inglaterra y Holanda. Los soberanos Habsburgo y Valois pretendían también utilizar la región como base para sus operaciones contra el turco, cuyo Imperio, homogéneo y grandioso, amenazaba las fronteras orientales de los Habsburgo tras destruir en 1453 los restos del Imperio bizantino. Después de la caída de Constantinopla, los ejércitos de Mehmed II habían comenzado su avance irresistible hacia el oeste.

Los cinco grandes Estados italianos (Roma, Venecia, Milán, Nápoles y Florencia) mantenían en teoría una *entente* pacífica asegurada por los acuerdos de la paz de Lodi (1454). Pero en la práctica, todos los señores italianos se vigilaban unos a otros, conspirando y pagando a los partidos

de la oposición, de los que prácticamente había uno en cada ciudad importante.

El antiguo Reino de Nápoles-Sicilia había sufrido durante la Edad Media graves trastornos políticos que provocaron su definitiva escisión en la segunda mitad del siglo xv. El Reino de Sicilia pertenecía a la corona de Aragón desde 1282, fecha en que la población había expulsado a los franceses en la sublevación de las Vísperas Sicilianas. Al morir el rey de Aragón Alfonso V el Magnánimo (1396-1458), las dos Coronas quedaron separadas y su hijo, Ferrante I, se convirtió en rey de Nápoles, mientras la corona de Aragón sería para su hermano, Juan II.

Al norte del Reino de Nápoles comenzaban los Estados de la Iglesia. El Cisma de Occidente (1378-1417) había debilitado considerablemente la imagen del papa. El pontífice era continuamente interpelado desde dentro y fuera de Italia para que comenzara una reforma de la Iglesia. Estas exigencias de reforma se veían complementadas con un estado de exaltación religiosa, de profecías milenaristas y de clima espiritual agitado que había convencido a los europeos de que algún tipo de acontecimiento extraordinario iba a suceder al romper el siglo. El descubrimiento de América, junto con la idea de que estos reinos debían ser incorporados al plan de redención de la humanidad, la amenaza turca sobre las fronteras de Occidente, o la elección de Carlos V, personalidad rodeada de un aura mítica por propagandistas e incluso por el mismísimo Lutero, fueron acontecimientos característicos de esta agitación social e ideológica.

La crisis cismática condujo a reforzar las Iglesias nacionales en Francia o el Imperio, lugares donde los soberanos se habían acostumbrado cada vez más a intervenir en los asuntos eclesiásticos y convenció a los papas de que su única oportunidad para bregar con la nueva situación era actuar como príncipes italianos. La necesidad de contar con personas de absoluta confianza en el frágil contexto hizo que los papas fueran contando cada vez más con miembros de su familia, practicando un descarado nepotismo.

Al norte de los territorios papales se encontraban Siena y Florencia, la rica capital de la Toscana gobernada por los Médicis, que la habían elevado a las cimas de la cultura humanista y del arte de su época. Lorenzo el Magnífico, prototipo de hombre del Renacimiento, había muerto el 8 de abril de 1492. Sin embargo, bajo el aspecto glorioso de su cultura y sus riquezas, Florencia era la sombra de la poderosa ciudad que había sido en la primera mitad del siglo xv. Los negocios de los Médicis, tejedores convertidos en banqueros y políticos, se encontraban en la más absoluta bancarrota. Varias

ciudades gobernadas con mano de hierro por Florencia, como por ejemplo la antigua República comercial de Pisa, ansiaban ser liberadas de su yugo y no dudarán en ponerse de parte de Carlos VIII cuando este entre en Italia.

Dominando los pasos alpinos y las ricas llanuras de la Lombardía, se encontraban los territorios del ducado de Milán. El dominio de Milán se extendía a las ricas ciudades lombardas: Novara, Pavía, Cremona, Alessandria y Brescia y al puerto de Génova. La mayor parte de estas ciudades estaban fuertemente protegidas por murallas capaces de resistir la artillería de asedio de los ejércitos italianos; su posición estratégica las convertía en paso obligado para cualquiera que deseara bajar hacia Nápoles o marchar hacia el este. Así pues, no es extraño que la Lombardía fuera a convertirse en los próximos años en el teatro de operaciones militares más importante de Europa. Y esto se vio favorecido por la profunda enemistad que separaba a Nápoles de Milán y al peculiar giro que la política del ducado del Norte había dado al caer en manos de Ludovico Sforza el Moro, al que apodaban *Il Moro* por el color oscuro de su tez, que pretendía convertirse en el árbitro de Italia. Ludovico se había hecho con el poder en Milán después del asesinato en 1476 de su odiado hermano Galeazzo Sforza.

Ludovico se había ganado la hostilidad de la dinastía de Nápoles al arrebatarle el poder a su sobrino Gian Galeazzo, que estaba casado con Isabel de Aragón, la hija del duque de Calabria. Y para luchar contra la unión entre Nápoles y Venecia, *Il Moro* se volvió hacia Francia en busca de ayuda. Seguro de que podría manejar al joven Carlos VIII, Ludovico envió a sus diplomáticos para convencerle de que entrara en Italia a la cabeza de su poderoso ejército y arrebatar a los de Aragón la corona de Nápoles.

Al este de las posesiones del ducado de Milán comenzaban los territorios de la República de Venecia, la Serenísima. Desde la paz de Lodi (1454) Venecia mantenía una relación de paz armada contra Milán. Después de la caída de Constantinopla en 1453, los ricos patricios venecianos habían dejado de considerar el comercio marítimo como principal fuente de riqueza, invirtiendo en el interior y manteniendo las ciudades bajo su dominio con una sabia mezcla de refinamiento y de calculada ambición. Venecia seguía siendo una potencia naval de primer orden, con una flota de más de tres mil navíos en 1450. Aún mantenía extensas posesiones en la orilla oriental del Adriático, en Istria, en Dalmacia y las islas Jónicas, en Chipre y en Creta, y sus hábiles diplomáticos y mercaderes extendían sus operaciones por todo el levante mediterráneo.

No obstante, la preocupación comprensible de Venecia por los asuntos del Mediterráneo la habían conducido a un cierto aislamiento. Fue precisamente esta sensación de aislamiento y el odio que las demás potencias italianas sentían por Venecia lo que le hizo cometer un error que iba a revelarse fatídico: en 1484 comenzaron a animar a Carlos VIII, recién coronado, para que reclamara sus derechos a la corona de Nápoles. También intentaron convencer a Luis, duque de Orleans, futuro Luis XII, para que expulsara a los Sforza de Milán, pues el duque era nieto de Valentina Visconti y por tanto poseía legítimos derechos a sostener sobre su cabeza la corona ducal.

Sin embargo, los venecianos no serían los únicos en sembrar la semilla de la destrucción de Italia. En 1490 no había en Italia una sola ciudad importante que no contara con un partido de opositores a su gobierno o de exiliados dispuestos a correr a calentarle las orejas al rey de Francia. Los *émigrés* más activos eran los napolitanos. El reinado de Ferrante I se había iniciado de hecho en 1459 con una guerra civil de seis años contra una poderosa coalición de barones que los Anjou habían apoyado. Ferrante sólo consiguió destruir la coalición gracias a la ayuda del rey Juan II de Aragón, el papa y Milán. Pero esto no evitó que en 1486 los barones volvieran a alzarse, esta vez dirigidos por la poderosa familia Sanseverino.

Muchos de los más destacados miembros de las grandes familias napolitanas tuvieron que exiliarse tras el fracaso de esta rebelión. Los Sanseverino pidieron consejo a Venecia sobre la mejor forma de acabar con Ferrante. Los venecianos estaban encantados ante la idea de librarse de uno de sus peores enemigos, así que aconsejaron a los Sanseverino que fueran a pedir ayuda al rey de Francia, que ahora había «heredado» los derechos del duque de Anjou a la corona napolitana. Así pues, los barones se dirigieron a Blois, a la corte de Carlos VIII de Valois.

EL REY AFABLE

Carlos acababa de cumplir veinticuatro años. El joven rey soñaba con guerrear en Italia. Carlos VIII se iba a presentar allí como la reencarnación de Carlomagno, rey de la mística paneuropea, junto a sus paladines de inquebrantable fe en las virtudes de la caballería andante.

Carlos había heredado un reino fuerte y rico. Su padre, Luis XI había conseguido debilitar a la nobleza rebelde y mantener quietos a los Parlamentos ciudadanos durante décadas, mientras se fraguaba la unidad de

Francia. Después de que una última resistencia de los contribuyentes fracasara en los Estados Generales de 1484, los franceses se habían resignado gradualmente a pagar a su rey impuestos, ayudas y otros cargos excepcionales que se convirtieron en una buena fuente de ingresos que se añadía a las rentas «ordinarias» del monarca para financiar operaciones en el exterior.

La cuestión de Nápoles era embrollada, como lo era cualquier cosa que pasara al sur de los Alpes. En 1265, Carlos de Anjou, hermano de san Luis de Francia, había aceptado el trono de Nápoles de manos del papa. En 1421, la reina Juana I de Nápoles, sin heredero varón, había elegido para sucederle no a un Anjou, sino a Alfonso V el Magnánimo, rey de Aragón. Poco después se arrepintió de la elección y nombró como sucesor a Luis III de Anjou, que murió en 1435. Su hermano René esperaba obtener la corona, pero Alfonso V se apoderó de ella aquel mismo año. René se coronó rey de Sicilia en 1438, pero en 1442 la población de la isla, descontenta con los franceses, les expulsaron de allí, y los aragoneses se apoderaron de la otra parte del *Regno*. En virtud de los derechos transmitidos a Luis XII por Charles, conde de Maine, nieto de René de Anjou (muerto en 1480 y cuyas posesiones en Francia pasaron a la Corona), Carlos VIII pretendía que el papa le coronara rey de Nápoles.

En enero de 1493 los representantes de Carlos VIII habían firmado en Barcelona un acuerdo con Fernando el Católico, y parecían demostrar que el rey de Francia estaba dispuesto a los mayores sacrificios territoriales para tener las manos libres en el sur: el Rosellón y la Cerdeña volvían a ser españolas. Las negociaciones incluían un compromiso para prorrogar los antiguos tratados de amistad de la corona de Castilla, profrancesa desde la época de la guerra de los Cien Años, a los que ahora se sumaría la corona de Aragón. También se incluía una cláusula –tradicional en este tipo de acuerdos– en la que se especificaba que en el caso de que una de las dos potencias atacara al papa, la otra no estaba obligada a darle apoyo.

Quedaba a Carlos VIII asegurar la frontera con el Imperio, cuyo litigio con Borgoña y Picardía continuaba. El 23 de mayo de 1493 se firmó un acuerdo en la ciudad flamenca de Senlis por el que el Franco Condado y el Artois volvían al Imperio alemán después de no pocas disputas.

Con Francia y los Habsburgo en paz, la posición del señor de Milán se volvía cada vez más precaria. Ludovico comenzaba a preguntarse si finalmente el blanco de las ansias expansionistas francesas no acabaría siendo Milán antes que Nápoles. Agobiado por la sospecha, ordenó a su embajador en la corte francesa, Carlo da Barbiano, conde de Belgiojoso, que le



Resurrección, detalle del retrato de Alejandro VI Borgia, 1493-1494, pintado por Pinturicchio, (Roma, Palacio del Vaticano, apartamentos Borgia



Retrato de perfil de César Borgia en el Palazzo Venezia en Roma c. 1500-1510. Se cree que puede ser una copia del original pintado por Bartolomeo Veneto.

informara puntualmente de los movimientos diplomáticos franceses. Hasta ese momento, Ludovico había conseguido mantener un doble juego: por una parte animaba a Carlos VIII para que atacara Nápoles, mientras que por otra, en el más absoluto secreto, intentaba por todos los medios impedir que los franceses cruzasen los Alpes, prometiendo tanto a Nápoles como al papa que llegado el momento podrían contar con él para una defensa unida de Italia.

A mediados de 1494, el rey de Francia hizo saber a Alejandro VI, a los florentinos y al senado de Venecia que estaba decidido a ir a «recuperar» el Reino de Nápoles. Como era habitual, los embajadores franceses no consiguieron obtener una respuesta concreta a estos requerimientos. En realidad, el papa había comenzado a sondear a Fernando el Católico acerca de una posible expedición militar de ayuda. En agosto, el papa y Alfonso de Aragón, duque de Calabria, acordaron el matrimonio de Sancha de Nápoles, hija de este, con Jofré Borgia, de doce años de edad, con lo que los lazos entre el papa y Nápoles se estrechaban aún más.

Ferrante I de Aragón, rey de Nápoles e hijo natural de Alfonso V el Magnánimo, no era hombre que se arredrara ante las dificultades que

estaban surgiendo en el norte. A sus setenta años, la salud de Ferrante estaba seriamente destruida, pero seguía siendo un implacable gobernante, maestro del espionaje y el disimulo, y un hábil soldado que estaba dispuesto a enfrentarse a los franceses. Ferrante de Nápoles estaba al tanto de todo lo que sucedía en Milán por medio de su hija, Leonor, la madre de Beatriz de Este. Lamentablemente, su avanzada edad le hacía depender cada vez más de su hijo Alfonso, duque de Calabria, personaje más cruel aún que Ferrante y dominado por un ansia de libertinaje que causaba extrañeza incluso en la misma Italia.

En el invierno de 1493, cuando nada estaba todavía decidido, Ferrante anunció su idea de arreglar una alianza antifrancesa con Ludovico. Con Milán y Nápoles unidos, es probable que las otras potencias se hubieran adherido a la alianza, privando a Carlos VIII de su principal baza para intentar la empresa, la proverbial desunión entre los Estados italianos. Pero el 25 de enero de 1494 Ferrante murió de un ataque de apoplejía, y fue inmediatamente sustituido por Alfonso. El que probablemente era el único hombre capaz de reunir a su alrededor una coalición para enfrentarse a los franceses había desaparecido.

LOS NUEVOS BÁRBAROS

El 6 de marzo de 1494, Carlos VIII hizo su solemne entrada en Lyon, rodeado de un inmenso séquito de pares, gentilhombres franceses e italianos y los embajadores de todas las potencias de Europa. El plan francés estipulaba que la mitad de las fuerzas y la artillería desembarcaría en la costa meridional genovesa, mientras la otra mitad cruzaba los Alpes y descendía lentamente por los Apeninos hasta Nápoles.

Alfonso II de Nápoles decidió que su primer objetivo debía ser apoderarse de Génova. Alfonso se mantenía en contacto con miembros de la facción de los Fieschi, que había perdido el poder de la ciudad a manos de los Adorno, aliados de Ludovico el Moro. Si los napolitanos conseguían el dominio del mar, los franceses no podrían trasladar suministros por vía marítima.

Sin embargo, el plan para apoderarse de Génova fue descubierto por el cardenal Giuliano della Rovere, uno de los aliados de los franceses. La guarnición de la ciudad fue reforzada con tres mil mercenarios suizos. Los napolitanos se habían detenido en varios puntos de la costa de Liguria para

embarcar mercenarios y perdieron un tiempo precioso. Varios intentos de desembarco cerca de La Spezia fueron rechazados por las tropas francesas y suizas y finalmente la flota napolitana zarpó y se dirigió a Livorno para reparar los daños y reclutar más soldados.

A finales de junio, los cuarenta mil hombres del ejército francés comenzaron a entrar en el territorio de su aliado, el duque de Saboya. Hubo numerosos prodigios en el cielo y en la tierra que advertían de las calamidades que se avecinaban: en Apulia se habían visto tres soles brillando en la noche; numerosos rayos habían sacudido la ciudad de Arezzo; las estatuas de la Virgen habían sangrado en numerosas iglesias; el cielo, poblado de sonidos de trompetas y el estrépito de cascos de caballos de guerra, anunciaba la llegada de un poderoso rey guerrero.

De las cuatro rutas que franqueaban los Alpes, sólo la de Montgenèvre, que conducía al Piamonte, permitía el paso de la artillería y los bagajes de un ejército tan numeroso. Las tropas de Ludovico habían tomado las salidas orientales de los Alpes para proteger a la expedición y, salvo algunos pequeños accidentes, los zapadores franceses consiguieron hacer cruzar al ejército en un tiempo récord, lo que constituye una notable hazaña logística aun en la estación del buen tiempo.

Al llegar a la llanura piamontesa, el ejército francés formó dos columnas. La que dirigía Stuart d'Aubigny tomó por el camino de Novara, cruzando el Po en Piacenza y siguiendo la Vía Emilia, antiguo camino romano. Al sur del Po, la fuerza principal, al mando del rey, tomó por Alessandria y Tortona. Las dos fuerzas debían unirse a las reclutadas en Parma, por Giovan Francesco Sanseverino, conde de Caiazzo.

El 5 de septiembre Carlos VIII entró en Turín, capital de Saboya. La duquesa Blanca de Montferrato, que acudió a recibir al monarca ataviada en oro y pedrería, había ordenado decorar las calles con tapices y se representaron misterios mitológicos sobre catafalcos levantados en las esquinas. Blanca ofreció parte de sus joyas para financiar la expedición, lo que, sumado al dinero que los franceses habían conseguido arrancarle a Ludovico, constituyó una buena ayuda a las finanzas de la conquista.

La invasión de Italia había comenzado como una fiesta galante. Por allí donde pasaba, caballeros y gente del pueblo que aún no habían tomado partido se sumaban al ejército del rey de Francia. Este perdonaba tributos, concedía honores y se comportaba como si fuera ya el soberano de todos aquellos alegres súbditos. Sin embargo, la primera impresión que causó el rey de Francia en los más avispados era la de un hombre iletrado y descortés, lo que

en el ambiente de las cortes humanistas significaba que era poco menos que un bárbaro. Este desprecio hacia las maneras de Carlos VIII animó a los que creían que podrían mantener a los invasores bajo control confundiendo los con las sutilezas e intrigas diplomáticas clásicas como si fueran niños sobre los que una civilización superior se impondría a la larga. Pero ni Ludovico ni Alejandro VI sabían qué terrible tormenta habían desatado sobre su tierra. Con su habitual capacidad para comprender los acontecimientos, el milanés Pedro Mártir de Anglería, que en aquel momento se encontraba en la corte de los Reyes Católicos, escribía:

Ten compasión de Italia, que empieza a estremecerse ante la proximidad de la fiebre [...]. ¡Ay, qué fiebre cuartana más terrible está royendo las fimbrias de Italia! Los franceses están atravesando los Alpes, trincheras naturales frente a Francia. Ya ha sido transportado la mayor parte del ejército. Los caminos están sembrados de toda clase de máquinas. Saltando de gozo el Rey Carlos marcha a la retaguardia del ejército que envió delante.



Ludovico Sforza,
llamado el Moro, señor de Milán,
en una miniatura de finales del siglo xv.



Carlos VIII, rey de Francia.